

El Canto á España es una hermosa y resonante composición, pero no es la que más nos hace amar y conocer al poeta. En «Reino Interior» que sigue al «Canto á España», Gálvez se nos muestra tal como es y tal como lo queremos, y así en las demás composiciones de «Palabras Líricas», «Sonatas Galantes» y «Tardes Floridas» de las que reproducimos en seguida algunas composiciones:

(De «PALABRAS LÍRICAS»)

Latitud y en la armonía
De mi corazón tu nombre.
Una dulce poesía
En el ambiente pesado
Y yo soñando en la hamaca
Con tu recuerdo adorado.
El mar tranquilo diciendo
Una música tranquila,
Yo sollozando y sonriendo
Como un niño. Tú, muy lejos,
Pensando en mi amor; yo, triste,
Con tantos recuerdos viejos....
Tú, pensando en mi doliente
Partida; yo sollozando
Débil y convaleciente.
Cada instante más distante
Del lugar, cerca á tus ojos
Y á tu sonrisa fragante,
Hablámiote enamorada
Soñando, enfermo y triste,
En otro mundo encantado,
Viviendo contigo á solas
Y arrebatándome el sueño,
De cuando en cuando, las olas....

(De «SONATAS GALANTES»)

Errante peregrino
Cansado y triste á tu palacio llevo,
Y blanco por el polvo del camino
Dejo á tus plantas mi doliente ruego.
He visto muchas cosas:
La vida ante mis ojos fué muy larga,
Y eterno enamorado de las rosas
Llevo en mi corazón su espina amarga.
Pobre peregrinante
Me detengo ante tí, desconocida,
Te deo una canción, sueño un instante,
Y torno á los dolores de mi vida.
Una canción te deo,
Han de darle tus labios armonía;
Que yo he de recordar cuando esté viejo
Que tú la convertiste en poesía.

(De «TARDES FLORIDAS»)

La tarde florecida y encantada
Nos sorprendió en mitad de la alameda.
Sobre las brisas un rumor de seda
Anunciaba á las flores tu llegada.
La tarde se miraba enamorada
En tus pupilas; tu palabra queda
Posó en las auras la armonía leda
De una música leve y aromada.
Un árbol al pasar nos dió su sombra
Y con sus hojas nos tejió una alfombra,
Las flores nos brindaron sus colores,
Y su dulce frescor nos dió la brisa;
Y la tarde asomada en tu sonrisa,
En tus mejillas derramó sus flores....

Estafeta de Acho

Ha iniciado ya, con gran éxito la temporada taurina su emocionante popular espectáculo. Un lleno completo hubo en Acho el día del estreno, y otro, algo menor, en la segunda. La nueva empresa ha puesto verdadero empeño en eso de contentar al público de toros exigente, bravo, más que las reses que se lidián; pero siempre dispuestos á presentarse en los tendidos, cueste lo que cueste, si le dan la que en la materia su gusto demandará.

El estreno de gente nueva era un poderoso aliciente; si á ello se agregaba el ganalo del doctor Asín, no era aventurado suponer que la afición que se creía dormida, despertara como ha sucedido y se precipitara á gozar de tan espléndida y varonil fiesta.

Hermoso golpe de vista ofrece el redondel, pintado con acierto y ostentando ciertas reparaciones que, por cierto, le han rejuvenecido y puesto en condiciones de contribuir así, no sólo á la comodidad de los espectadores sino especialmente á la mayor grandeza del arte q' dió celebridad á Pedro Romero, Montes, Frasuelo, Guerrita y pocos más.

La presentación de Corchallo y sus alegres banderilleros ha dejado grata impresión: correctos, bregadores, con sobrado valor y elegantes hechuras. Qué más!

Corchallo no es de los más elegantes, toreando, sus adornos se resentían por falta de arte;

pero en cambio mete el brazo con habilidad y valor; y en su tercio del último domingo se portó como todo un torero de verganza.
Martí Flores, que debutó el 8, es de escuela, muy sereno, y de los tiempos de los lances con pleno conocimiento de causa y.... cuando hay que distanciarse más, pues, á la obra. Su valor es por consiguiente, el valor del que sabe lo que hace, y lo reserva.—¡Muy bien hecho!—para cuando pue le emplearlo con lucimiento y no ofrecernos un cuadro desastroso, que no es eso lo que un aficionado va á buscar en la fiesta.

En las dos corridas, el ganado ha tenido presentación, edad y bravura; aunque no ha faltado un poco de malas ideas que es preciso no confundir con la mansedumbre.

Ya tendremos ocasión de ocuparnos con más despaico del sientto. La temporada ofrece bellas expectativas, y como no podemos esperar que Guerrita vuelva á la arena y se presente en la nuestra, es del caso conformarse con lo que tenemos en casa.

Abre hoy, pues, BALNEARIOS esta sección en su deseo de tener á sus lectores al tanto de lo que ocurra en la época taurina que comienza. Y como la temporada taurina es la misma en que vienen por estos trigales en busca de nuestras saludables aguas muchos aficionados, cáteate que BALNEARIOS no puede dejar de atender debidamente en este orden á sus simpáticos huéspedes.

DUQUE CHICO.

HARINA MALTEADA VIAL

la única que se digiere por sí sola

Recomendada para los Niños ANTES, DURANTE y DESPUES DEL DESTETE, así como durante la dentición y el crecimiento, como el alimento mas agradable, fortificante y económico.
Se prescribe también á los estómagos delicados ó que digieren difícilmente.



PARIS, 8, Rue Vivienne y en todas las Farmacias.

V. RIGAUD "PARIS"

EL PERFUMISTA DE LA ACTUALIDAD
ULTIMAS CREACIONES

Pertumes y Polvos "Santa Rosa de Lima"

"Adina" "Angélica" en elegantes cajitas de cartón plateadas

Eau de Cologne Rosée, Incomparable é indispensable para los bañistas.

Esta agua se encuentra en "LA PERLITA" calle de Espaderos N. 755—LIMA

Los demás artículos se encuentran de venta en todas las tiendas de perfumería

Folleto de BALNEARIOS (1)

LA HIJA DEL CONTADOR

NOVELA DESCRIPTIVA
Y DE COSTUMBRES ANTIGUAS

POR EL

Licenciado Perpetuo Antañón

(D. José Antonio de Lavalle y Arias de Saavedra.)

CARTA CRITICA

QUERIDO:

Dos gratísimas horas he pasado con la lectura de su novela, con toda franqueza voy á darle mi acaso desautorizada, pero muy sincera opinión.
En *La Hija del Contador* el argumento carece de novedad, y casi podría decir que es hasta manoseado. Un padre ó una madre que engredinos con sus pergaminos, cruzan el matrimonio de un hijo á quien la mocedad y el inherente calorillo de la sangre trancenalcanabran por una chiquilla, que no luce otras dotes que las de su virtud y su hermosura, pero cuyo primer sueño no fué arrullado en cuna dorada, son tipos que abundan en el teatro de Lope y de Calderón. Que la muchacha vaya á pudrirse en un claustro y el galanteo á correr cortés, era cosa corriente y hasta lógica. Pero como su merced el Contador, es, sobre poco más ó menos, carácter idéntico al del Rico-home de Alcalá. Si éste peca de soberbio, el otro de humilde y allá vá todo. Que el manoseo lleve á impedir la profesión, minuto y medio más tarde, es recurso de cañón en el teatro y la novela. Convergamos, pues, en que el argumento es trivial y en que tampoco hay episodios románticos; pues ni el escribano don Estacio, con su carta noticiaria, deja de ser pura prosa.

Pero esa misma trivialidad del argumento es para mí uno de los grandes méritos de la novela. No es más gordo el hilo de que, he servido Pedro Antonio de Alarcón para tejer su *Sombrero de tres picos* ó *Historia de los amores de la molinera y el corregidor*, ni más linda novela de contemporáneo autor que ha caído bajo mis lentes. Son los detalles más que el fondo lo que en ella me cautiva. Ética impresión ha producido en mí *La Hija del Contador*.

Yo he conocido la casa de don Melchor Orozco en cada calle de Lima, hasta 1845: he bebido el agua de la tinajera con un coquezo rompi un cristal del farol recordándome la avería con medio pliego de papel San Lorenzo: me he acercado á las jaulas de caña para dar alpiste y maíz molido á la *cucullí* y capulles silvestres al *piche*: he dado más de un sucofón á la vieja Tomasa, obligándola á ponerse parchada de papa en las sienes, sujetándolos con el vendón ó pañuelo de cuadros blancos y negros: he conocido á Lucía rebosada en el paño de Lambayeque; y mis primeros halos los hice á presencia del Santo Cristo de talla que habita sobre la mesa del cuarto de estudio de don Melchor, engulléndome medio bizcochuelo que había sobrado del maximal chocolate. ¡Cuántas veces repasé mi lección de catecismo del padre Astete, sentado en una de las dos sillecitas de paja vecinas á la ventana de la sala! ¡Qué linche que barbec, como nosotros, con medio siglo de feclia no se sentirá remozado, y más que esto, vuelvo á los días infantiles, leyendo la descripción tan viva, tan animada, que la pluma de usted nos hace de la casa y costumbres del viejo jubilado del Tribunal de Cuentas? Para mí el cuadro es de exactitud fotográfica: no ha dejado ningún olvidado en el fondo del teatro el menor detalle..... ¡Ah!..... sí..... falta el final de la in-

ta. Necesito ese fanal y poco, muy poco le costaría á usted complacerme.

De tapadillo como se dice, atisbé una tertulia del Regente. Recuerdo los azeules del salón: los sillones de cuero de Córdoba tachonados de clavos de bronce; que allí el piso no era de gastados pero muy limpios ladrillos como en la casa del honrado don Melchor, sino de rica alfombra del Cuzco; todo en fin, como usted con magistral liereza lo describe. Pero recuerdo también, que en la mesa de revesino ví una buja de cera color rosa, cubierta por una guarda-brisa de cristal. ¿No la vió usted? Pues véala, querido, véala.

Hay en el manuscrito de usted unas páginas que me han quitado algunas canas. Son las que usted consagra á describir la Alameda vieja. ¡Quién la vió y quién la ve! Me parece que fué ayer, cuando retozando por ella con otros arrapiezos de mi edad, recogía las bolitas negras de que estaban cargados unos árboles que en el norte llaman *chorotques*. Hoy la Alameda, con sus estatuas y sus verjas, y su jardín y su fuente, será más artística pero no más poética que la Alameda de nuestra infancia. Hoy es algo que hemos visto en Europa y en otros pueblos de América; pero no es típica, no es limeña. Hoy la Alameda no vale un pucho de cigarro. Es una Alameda con pretensiones de civilizada y nada más. ¡Quién me diera espaciar me por la Alameda semisalvajé de otros días!

Muy bien traída es por usted la antigua costumbre de hacer pasear tres días por el mundo á las desventuradas doncellas destinadas á esputarse en un claustro.
En una novellita de corto aliento nosha puesto usted de relieve á esta nuestra Lima tan querida, de los tiempos coloniales. No sea usted egoísta, y haga usted gozar á los demás de las bellezas con que yo acabo de engolosinarme. Publique usted su novela, que es muy digna de vivir en letras de molde.

No he querido acostarme sin borronear antes muy á la ligera, mi juicio sobre *La Hija del Contador*, y felicitar á usted por el buen desempeño literario de su obra. Con pobre argumento he hecho usted un libro precioso por los detalles. Haga usted conocer á los limeños que vienen, el Lima que conocimos los limeños de la generación que se vá.

Buenas noches, querido. Muy suyo.

RICARDO PALMA.

Lima, agosto 7 de 1888.

LA HIJA DEL CONTADOR

En resoluciones prontas

Está muy probable un yerro;

Es poco pensar un año

Lo que se hace en un momento.

Copla antigua.

PRIMERA PARTE

I

¡Soberbia estancia á fé! y semejante á ella figurásem lector amigo, q' no la hallaría vuesa merced hoy igual en Lima por mucho que en buscarla se afanase, no embarganté nuestro trancan decantado progreso y el no menos cacareado atraso de los que nos precedieron en la habitación de esta *quondam* muy noble y muy leal ciudad de los Reyes, capital antaño del reino y ogaño de la república del Perú.

Su alto techo de azafate ricamente pintado al fresco semeja el cielo, y á su rededor corre una perfectamente bien imitada balaustrada de oro, en la que serpentea una guirnalda de flores, y en cuyos ángulos cuatro rollizos genios, llevando en sus manos uno un fuelle, o-

tro un cántaro, el tercero una antorcha, y el último un haz de trigo, simbolizan los cuatro elementos, mientras en el centro revolotean otros tres no menos moletudos, que parece q' sostuvieran el extremo de un grueso cordón de seda carmesí, del cual pende una araña de vidrio de Venecia de colores, tallado con gran primor, figurando frutas y flores: una ancha corniza de madera dorada encuadra este techo, y de ella se desprenden los tapices de damasco carmesí, que encuadrados igualmente por varillas doradas, cubren de arriba abajo las paredes, hasta tocar con el pedestal, alto por lo menos de seis palmos, en el q' se reproducen pintados al óleo sobre fondo unido blanco y sin solución de continuidad, las maravillosas aventuras del ingenioso hidalgo de la Mancha.

Divide esta vasta habitación por los tres cuartos de su longitud, un gran mamparo de cristales, que sólo á otros tantos de su altura alcanza, pintado de azul celeste con filetes de oro y ramos de flores de colores en los entrepauces, rematado por siete medallones, de los cuales el del centro y más elevado, contiene un escudo de armas timbrado con corona de marqués, y los seis restantes retratos de caballeros y nobles damas, y cubierto por su parte interna, con cortinas de seda carmesí.

La parte externa de esta estancia tiene tres grandes puertas: una en su centro que abre á la pieza de recibio que antes se llamaba *cuadra* á usanza de Sevilla y ahora se dice á la francesa salón; y dos á sus costados que la comunican con la llamada *sala* la una y con el traspatio la otra. Ocultan estas puertas cortinajes de seda, igual á la que cubre las paredes, pendientes de anchas repisas doradas. Su piso es de frescos azeules sevillanos y la amueblados dos papeleras de carey con incrustaciones de nácar, un par de canapés dorados forrados de damasco carmesí, varios sillones, sillas y taburetes semejantes, y en el centro una enorme mesa cubierta con un tapete de terciopelo de igual color, con fleco y borlas de oro, sobre la cual yacen varios libros de cuentas, legajos y papeles, una tabla de tinteros y un candelabro de bruhida plata, en el que arde dos bujías veladas por una pantalla de tafetán verde. En un lienzo de la pared sostiene una repisa, un reloj, obra genuina de Andrés Boule, rematado por una estatua de Apolo: hácele frente un cuadro que representa á un caballero vestido con el uniforme grana con vueltas de terciopelo negro y alamares de oro, del regimiento de la Nobleza, firmado por Cristóbal Lozano, el Apelo peruano; y á ambos lados de éste y aquel, cuelgan cuatro marcos de carey y nácar con cantoneras y abrazaderas de plata, que contienen las imágenes de los santos de Lima, pintados por la propia mano de Cristóbal Daza.

La parte interna de la susodicha estancia, tiene sus paredes tapizadas como la exterior; cubre su suelo una muelle alfombra cuzqueña,

no inferior á las afamadas cairinas, y contiene una monumental cama de madera de cocolobolo, á medias oculta por un profuso cortinaje de damasco carmesí, que en macizos pliegues de su cielo se desprende: un armario de no menores proporciones, que descansa sobre dos monstruos de una especie no registrada en clasificación zoológica ninguna: un canapé y un velador de nácar con una lámpara de dormir de plata. Cuelga á la cabecera de la cama una pila de agua bendita del mismo metal en forma de dosel, de cuyo centro pende un crucifijo, y en la testera del cuarto se ve en un cincelado marco, también de plata, una imagen de la Santísima Virgen, en la suave y maternal advocación de Nuestra Señora de Belén, obra exquisita de José Díaz.

Apuntaba el reloj las diez de la noche, cuando una dama que cerca á la mesa hallábase sentada, absorbida en la lectura de uno de los legajos que la cubrían, y en llenar de números y apuntar un registro que á su lado tenía, suspendió violentamente su tarea y agitó impacientemente una campanilla de plata, que formaba parte de la tabla de tinteros. A su metálico timbre surgió de entre los pliegues de una cortina, como evocada por mágico conjuro, una niña al parecer de unos doce años de edad, cuyos grandes ojos negros, velados por crespas y luengas pestañas, tez morena y profuso y ensortijado cabello de ébano, que dividido en mil menudas trenzas hasta muy más abajo de la cintura le alcanzaba, revelaban como uno de esos refinados productos de la mezcla de las razas caucasiana y etiope, conocidos con el nombre de *cuarteronas*, llevados en sus manos una caja de rapé de oro guarnecida de diamantes, un rico pañuelo de batista bordado de encaje flamenco, y un risario de perlas rematado por una cruz de esmeraldas, que presentó á la dama, la cual sin tocarlos díjole:

—¡Mamá, ve si el señor!... ¡No! si tu amo el señor marqués está en su aposento y dile q' venga. Si aún no se ha recogido, díle al portero que tan luego como lo haga, le diga que necesito hablarle.

—Si, amita, contestó la cuarterona, partiendo rápida á cumplir estas órdenes.
Mientras tal hace la fámula, trataremos conocimiento con la ama.

Frente alta y despejada; grandes ojos de profundo color azul arqueados por finísimas cejas; nariz afilada; labios delgados; abundante cabello rubio y flexuoso, ligeramente empolvado, cuyo peso apenas podía sostener la imperceptible redcecilla que lo encerraba; vestida con una bata de terciopelo negro abierta en punta sobre el pecho, con las mangas ceñidas hasta el codo y allí ahuecadas dejando escapar un doble vuelo de encaje, ceñida á la cintura por un grueso cordón de seda negro rematado por dos borlas, y desprendiéndose desde allí en profusos pliegues que barrían el suelo, por entre

Continuara.